

David Bushnell, *Ensayos de Historia política de Colombia, siglos XIX y XX*, Medellín, La Carreta Editores, La Carreta Histórica, 2006, 195 p.

David Bushnell, reconocido investigador de los procesos políticos colombianos, es uno de los más importantes estudiosos tanto de la producción historiográfica decimonónica y contemporánea como de las diferentes expresiones institucionales e individuales que formaron la historia política de la época grancolombiana. En esta obra, Bushnell aborda una variedad de temáticas cuya naturaleza hace necesario un tratamiento acorde con la historicidad misma de los objetos seleccionados por el autor, por lo que la adecuada dilucidación de estos distintos contenidos históricos constituye el objetivo primordial de sus ensayos. Por tal motivo, en este libro se pueden identificar cuatro grandes núcleos temáticos;¹ el primero está formado por una

serie de escritos del periodo grancolombiano en los que el autor analiza desde el rol de las políticas del general Santander, entendidas a partir de los distintos enfoques de la tradición historiográfica colombiana y de los mismos actores del momento, hasta el desarrollo de la prensa de este periodo que implica las posturas que tomó el gobierno dirigido por Santander estando en la vicepresidencia de la Gran Colombia (1821-1827).² Un segundo núcleo trata del impacto y caracteres propios de la dictadura de Bolívar (junio de 1828 a enero de 1830). Un tercer núcleo lo integran dos ensayos; en

del XX. Estos fueron escritos en distintos momentos y lugares. Aquí se agrupan en cuatro núcleos temáticos por las relaciones de interdependencia de sentido que existe entre los ensayos.

¹ El libro en realidad es una compilación de siete ensayos, cuatro del periodo grancolombiano y otros tres que abarcan fundamentalmente desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la segunda mitad

² David Bushnell, *EL régimen de Santander en la Gran Colombia*, Bogotá, El Áncora Editores, 1985.

el primero, Bushnell se pregunta cuáles son las presuntas condiciones culturales y político económicoas que hacen posible hablar de una apertura -o reapertura- del país, no sólo a la economía de mercado internacional sino también al ‘comercio ideológico’, que según se sabe se efectuó de modo amplio a mediados y finales del siglo XIX y que parece estar reapareciendo a fines del XX. En el segundo ensayo, examina la filatelia decimonónica colombiana, como un documento que da pistas claves para comprender los cambios del pensamiento político o, al menos, para identificar los móviles simbólico-prácticos de las distintas retóricas de los partidos o de sus ideologías políticas. Por último, un cuarto núcleo que consiste en un análisis del impacto de la Guerra Civil Española (1936-1939) en la política nacional, ya que se trata de explicar los cambios de las tendencias políticas antes y después de la guerra.

Ahora bien, en el primer gran núcleo temático Bushnell discute algunas interpretaciones de la historiografía colombiana sobre la obra política del general Santander y su correspondiente imagen. El autor menciona la existencia de una concepción problemática que se tiene de Santander o de su imagen, conocido como el Hombre de las Leyes, que ha sido valorada tanto positiva como negativamente, lo que ha producido algunos juicios anacrónicos (injustificados) y otros muchos más lúcidos y agudos, por parte de unas tradiciones historiográficas santanderistas (de ori-

gen liberal o incluso de izquierda comunista) y antisantanderistas (de origen conservador tradicionalista o de izquierdas populistas latinoamericanas), que aunque indagan la obra política de Santander lo hacen más en función de exhibir su oposición con Bolívar, o la del Libertador con Santander, para justificar sus propias apologías de las ideologías de partido, ora liberales, ora conservadoras, ora de izquierda que compiten entre sí en el campo político. El mismo Bushnell trata de situar estas tendencias en lo que él llama “El espectro historiográfico: la gama de interpretaciones históricas” (p. 62).

Como lo observa Bushnell, los factores que se han planteado para juzgar o valorar la obra política de Santander han sido: 1) su legalismo, 2) su política económica, 3) su reformismo, 4) su bajo apoyo al militarismo. El primer factor, dice Bushnell, no ha beneficiado mucho a Santander para lo que se podría llamar su imagen actual, pues la vocación legalista o la firme convicción de la legalidad constitucional “a la mayoría de los colombianos hoy día les parecería el colmo de la irresponsabilidad” (p. 21), la inconformidad e incredulidad creciente del pueblo colombiano actual hacia la efectividad de las leyes, señala el autor, se debe al desfase existente entre la Constitución de 1991 y las expectativas optimistas de muchos entusiastas colombianos; lo cierto es que para Bushnell en la época de Santander esta actitud era bien recibida por las tendencias liberales colombianas, lo que además reforzaba la legitimidad de una

sociedad civil auto-instituida, que apenas estaba recién inaugurada y requería todo un sistema jurídico fundado en los valores republicanos defendidos en las guerras de independencia. En lo que respecta a la política económica, el autor señala que su imagen se ve deteriorada por haber favorecido y creído en el liberalismo económico que, aunque bueno para atraer capital, fue muchas veces en detrimento de la clase trabajadora y campesina, lo que no era propiamente la intención de Santander y quizás no podía serlo, pues las condiciones socioeconómicas de principios del siglo XIX no son comparables en muchos sentidos con las del XX; por tanto, Santander era “Un liberal de su propia época, creía sinceramente en las ventajas del capitalismo de la libre empresa” (p. 21). Es decir, que sus esfuerzos iban encaminados a eliminar las trabas coloniales para el ejercicio de la necesaria actividad comercial, ya que sin esta intención reformista no hubiera sido posible la posterior emergencia de una economía moderna. El aspecto reformista de Santander, según Bushnell, no ha sido visto en toda su magnitud por algunas interpretaciones “críticas” que lo señalan como un burdo opresor de las clases menos favorecidas, y que desconocen sus ideas de tendencia liberal que dieron pie a la educación pública, base de un proyecto amplio para la formación de una nación moderna: “El apoyo de Santander a la educación pública y a ciertas medidas que tendían a disminuir la riqueza y la influencia de la Iglesia habrían de ganarle unos aplausos de las mismas

personas que lo mal interpretan como opresor de los indígenas” (p. 22). Así, Santander fue uno de los principales iniciadores -aunque moderado- de la secularización de las instituciones, al poner en acción una política anticlerical -cierre de conventos menores, restricciones a las manos muertas- en beneficio del gobierno civil. Pero esto último, no le ha valido siempre a Santander buenos juicios, al reprochársele “su defensa de las prerrogativas civiles en contra de las pretensiones militares” (p. 23), pues se identifica un poco ingenuamente al ejército con una institución favorable a los sectores populares, y para acentuar las diferencias entre Santander y Bolívar se los relaciona de modo monótono como una oposición entre civiles y militares, granadinos y venezolanos. Bushnell argumenta que Santander sí redujo el gasto militar y desconfiaba un poco del militarismo (tal vez por el peligro latente de reprimir las libertades individuales) pero que de todas maneras fue apoyado electoral y políticamente por militares -aunque pocos- venezolanos y granadinos, además de algunos parlamentarios venezolanos.³ Por su parte, en opinión de Bushnell, Bolívar sí apoyó con mucha más firmeza a los militares granadinos o venezolanos en términos políticos, pues durante la dictadura amplió la base de participación electoral de los sectores militares en medio de una democracia indirecta que seguía excluyendo

³ Denominados por Bushnell como los Santanderistas venezolanos.

a la gran mayoría de los civiles sin propiedad o profesión independiente; a pesar de esto, sólo los altos mandos del ejército tenían lugar en los más altos cargos del gobierno como funcionarios públicos de primer orden y, estos militares privilegiados, provenían por lo general de oligarquías regionales que respaldaban a Bolívar.⁴

Un reflejo patente de los enfoques de las distintas tendencias políticas lo da el desarrollo mismo de la prensa en la Gran Colombia. Esta empezó por trascender a sus precursoras, las gacetas coloniales que circulaban a fines del siglo XVIII. Tales gacetas, aunque muy reguladas o emitidas por la oficialidad ya hacían un incipiente uso público de la razón científica e ilustrada, y en la época de la independencia servían de órgano político para la difusión y afianzamiento de los sentimientos patrióticos republicanos que vinculaban expresamente al ejército patriota con la causa de la libertad. Después de consolidado el régimen republicano, la administración del vicepresidente Santander hizo de la prensa su órgano oficial como medio del gobierno central para divulgar las leyes y medidas especiales. Pronto el periodismo colombiano pasó el umbral de la simple y formal oficialidad para entrar, por medio de la prensa independiente, a cuestionar las políticas del gobierno central y divulgar alternativas ideológico-políticas

de válida y polémica oposición. Se dio entonces inicio a la fecunda y longeva tradición del genuino periodismo político colombiano.

Según Bushnell, hacia 1823 la prensa comenzaba a debatir abiertamente sobre política y problemas ideológicos, existían críticas a los procedimientos gubernamentales, pero estas disidencias no estaban unificadas en un frente definido políticamente o bien diferenciado ideológicamente, pues “la prensa independiente de Bogotá fue generalmente de tendencia liberal, y su modalidad de liberalismo no estaba reñida con una administración central potente con tal que el jefe del ejecutivo fuera otro liberal granadino” (p. 31), como fue el caso de Santander y sus reformas liberales moderadas. Pero las tendencias conservadoras tradicionalistas emparentadas con la Iglesia católica eran claramente contrarias a las políticas liberales anticlericales, y comenzaron a usar la prensa tardíamente para replicar a sus opositores ideológicos públicamente; sobre todo se empeñaban en refutar las ideas que trataban de aplicar el utilitarismo de J. Bentham y de repeler la influencia masónica en la sociedad. Hubo también un ímpetu de algunos conservadores por defender el *statu quo*, tal como lo pedían o lo exigían al gobierno mediante la restauración del tributo indígena. Finalmente, la prensa en la administración de Santander -dice Bushnell- sólo llega a tener una oposición unificada contra el régimen después de la llegada de Bolívar del Perú, quien se dispuso a restar-

⁴ Es el caso del general Tomás Cipriano de Mosquera, nacido en el seno de una influyente familia payanesa.

blecer el orden en Venezuela⁵ y a “...hacer una pausa en el proceso de reformas liberales como manera de superar las disensiones internas” (p. 33). Hecho que le dio a la Gran Colombia un giro -en las políticas de gobierno- más hacia las tendencias conservadoras, lo que abrió la posibilidad (con esta reacción de Bolívar) de establecer un régimen con un ejecutivo más fuerte o incluso autoritario. Hasta aquí el primer núcleo temático que se puede destacar en el texto de Bushnell sobre los problemas de la imagen de Santander y el carácter de la prensa política grancolombiana.

El segundo núcleo temático es el advenimiento de la dictadura de Bolívar. Según Bushnell fue ocasionada por el fracaso de un consenso político franco, abierto legítimamente por el gobierno presidido por Bolívar en la fracasada Convención de Ocaña en 1828 y que, al parecer, por la intransigencia de las facciones políticas involucradas, tanto las bolivarianas como las demás (santanderistas, separatistas venezolanos y federalistas de todo tipo), se vio forzada a desmantelarse. Sin embargo, la mayoría bolivariana se impuso por otros medios políticos de carácter más represivo, lo que provocó un impacto negativo que diezmó la prensa en su expresión, al igual que los opositores políticos fueron atenuados debido al

poder y mayoría de los aliados del Libertador. Así entonces, los hechos de la dictadura son analizados por Bushnell y de ellos deduce una idea central, que Bolívar tomó posiciones reaccionarias o se alió con las fuerzas retardatarias, no por una completa igualdad o coincidencia ideológica sino por la convicción y misión auto-proclamadas y reconocidas por una importante franja de la sociedad de mantener unidas a las naciones hispanoamericanas bajo la protección de un Estado central fuerte o por lo menos bajo un mismo ideario de Estado nacional. Por ese motivo político, cuando el centralismo de la República de la Gran Colombia legado por Bolívar a Santander entra en crisis por la disidencia activa federalista o separatista Venezolana, las soluciones de Bolívar van a girar mucho más en torno a la búsqueda constante de una estabilidad entre las élites regionales, que entran en conflictiva relación con un gobierno nacional débil pero que se muestra generoso y dispuesto a representar sus intereses con tal de mantener el Estado nacional en forma funcional. Esto es lo que en realidad nos enseña que a Bolívar no le interesaba tanto ser fiel a una ideología que considere sus propios principios como irreversibles sino más bien ser fiel a una ideología flexible que mantenga en pie un gobierno cohesionado y relativamente fuerte.

En busca del último objetivo mencionado, Bolívar contempló varias formas de gobierno que mantuvieran su convicción de unidad nacional

⁵ La prensa venezolana de tendencia liberal abogaba por el federalismo, lo que la hacía contraria al gobierno central y a la política del Libertador (p. 37).

panamericana, entre ellas la monarquía constitucional, que fue desechada por los sentimientos antimonárquicos imperantes y porque generaba inestabilidad política, por lo cual se dedicó a esbozar soluciones dentro del marco republicano que contuvieran un gobierno representativo equilibrado. Una de estas soluciones fue la alianza con la Iglesia católica, que fue más de estrategia que de correspondencia ideológica, ya que según Bushnell, “las contrarreformas eclesiales” (la derogación de las medidas anticlericales) de Bolívar, más allá de las alabanzas retóricas a la institución católica, tenían como objeto real legitimar o simbolizar una alianza táctica de carácter político y no una entrega servil a la Iglesia: “En dicha etapa ni las reformas ni las contrarreformas acaparaban toda la atención de Bolívar, y en cuanto a la Iglesia institucional sólo estaba interesado en favorecerla en la medida en que esperaba obtener su apoyo para robustecer el Estado” (p. 116). Otra fórmula del Libertador de conservación del Estado nacional era el apoyo a las oligarquías regionales, este paso era básico para Bolívar en la construcción y mantenimiento del gobierno, tal como lo había sido en la guerra de independencia, pero el problema era que tales oligarquías estaban prescindiendo de aquél. En esas circunstancias, Bolívar tuvo finalmente que dar privilegios económicos y políticos a las élites de terratenientes -de estructuras más coloniales- pasando, a veces, por encima de los intereses de la Iglesia. Este interés por estos dos sectores

‘premodernos’ de la sociedad demuestra la base oligárquica del apoyo del régimen, la misma que lo desmembraría. Bolívar -según las tesis de Bushnell- tuvo que actuar de ese modo para mantener vivo el régimen, pues al delegar un alto grado de autoridad a los jefes regionales, muchos de ellos militares y ahora también gobernadores, la dictadura tendía a mezclar las ramas del poder, así el punto clave de la dictadura de un ejecutivo fuerte sólo servía en este caso para decretar la *concesión* oficial del poder a la clientela del régimen que demandaba con fuerza su parte del poder al Libertador. En palabras de Bushnell, “En fin de cuentas los esfuerzos de Bolívar para robustecer el Estado no tuvieron éxito. A pesar de su énfasis retórico a favor de un gobierno fuerte y de la unidad nacional, el sistema administrativo que implantó equivalía en realidad a un primer paso en el proceso de desmantelamiento de la Gran Colombia” (p. 116).

El tercer núcleo temático versa sobre el tipo de condiciones que acaecieron para la apertura político-cultural del periodo de los denominados Gólgotas y sobre las debilidades críticas de este periodo político que llevaron a un cambio drástico en la cultura colombiana hasta la supuesta reapertura económica actual. Bushnell explica que la apertura económica dada a mediados y fines del siglo XIX se debía a la puesta en marcha de modo intensivo de algunas ideas ya presentes en la Gran Colombia, que por la fuerte reacción tradicionalista fueron evadidas; por tal

motivo, Bushnell afirma que "...una de las causas de la apertura fue un cambio generacional que llevó al poder a los primeros líderes nacionales educados íntegramente en escuelas republicanas en vez de coloniales y expuestos directamente a una gama más amplia de ideas extranjeras..." (p. 120). A partir de la doctrina económica del dejar hacer⁶ -dice Bushnell- se formó un modelo de crecimiento económico hacia fuera que fortaleció el comercio exterior. Así, el énfasis está en el mercado exterior más que en los propios nexos del mercado interior; estos nuevos "líderes nacionales" adoptan una organización político administrativa federalista descentralizada con un gobierno nacional raquíctico, cuyas formas de expresión constitucional son la Carta de 1858 que creó la Confederación Granadina y la de 1863 que es aún más descentralizada y que dio origen a los Estados Unidos de Colombia. Así, el país abandonó el proteccionismo, e incluso el partido conservador en la década de 1850 coincidía en este punto con la agenda liberal, además de admitir en 1858 el federalismo (Bushnell llama este consenso entre partidos, liberalismo genérico), mas no llegan jamás a un consenso sobre la política eclesiástica, pues los conservadores no admiten en su ideario el anticlericalismo que tiende a separar Iglesia y Estado

tanto en el campo educativo como en el político. Esta cultura política liberal generó una "apertura" democrática al inaugurar la democracia directa con el sufragio universal de varones, pero con la Carta de 1863 se evadió volviendo a la tendencia de la democracia indirecta en los diferentes Estados.

El proteccionismo sólo se vuelve a abrazar con la Regeneración en 1880; con ella regresa un nuevo centralismo administrativo o político económico (Banco Nacional) y un reconocimiento oficial de la religión católica como la encargada de la educación nacional, pues el anticlericalismo es considerado por Núñez como desestabilizador del orden social que llevó a la nación a cierto anarquismo político reflejado en la Constitución de 1863. La Regeneración marca el cierre de las reformas liberales decimonónicas con la Constitución de 1886. Estos cuatro aspectos, la religión, la descentralización, la democratización y la política económica hacia afuera son comparados por Bushnell con el llamado gobierno neoliberal para esclarecer si con la Constitución de 1991 hay una verdadera reapertura cultural como la descrita arriba.

Veamos. En primer lugar, dice Bushnell, la diferencia más notoria entre las Constituciones de la segunda mitad del siglo XIX y la de 1991 reside en el problema religioso, pues la nueva Constitución proclama la igualdad ante la ley de todas las religiones e Iglesias, a pesar de la vigencia del Concordato con la Iglesia católica que da cierta at-

⁶ Potenciada por el ministro de hacienda de Mosquera, llamado Florentino González, equiparado por Bushnell con Rudolf Hommes, ministro de César Gaviria (p. 121).

mósfera de incompatibilidad. En segundo lugar, para Bushnell, la nueva Carta contiene ciertas provisiones descentralizadoras (siendo el país administrado por un gobierno central) pues se amplía un poco la autonomía departamental y municipal. En tercer lugar, el autor habla de una “apertura” política que sería contraria a la de los Gólgotas al ofrecer una representación a unos grupos determinados, como el de los indígenas, en contravía de la igualdad democrática pura de la suma de individuos que se supone conforman la sociedad, pero que de todos modos se la considera una apertura importante a estos grupos marginados de la política. Por último, Bushnell dice que la política económica neoliberal, al igual que los gobiernos Gólgotas decimonónicos, redujo las protecciones o los derechos de aduana y demás aranceles que obstaculizaban la vinculación con la economía global para promover así la privatización que busca la competitividad y la eficiencia. La crítica recibida por los Gólgotas fue su descuido por los artesanos, y el de los neoliberales el abandono de la producción agrícola y su deficiencia en el cumplimiento de nuevas y complicadas garantías sociales, como la del derecho al trabajo, que para efectuarse, según Bushnell, requiere que el papel del gobierno en la economía general no se reduzca demasiado, así que el punto de más afinidad de los neoliberales para con los liberales de mediados y fines del siglo XIX es su ideología económica que “...habría sido del agrado de los Gólgotas” (p. 138).

Además de las comparaciones entre la operatividad ideológica liberal en dos épocas distintas, Bushnell ensaya un método historiográfico que considere como documento histórico las colecciones filatélicas. Según esta perspectiva, el que haya una predilección del gobierno de turno por algún prócer en la emisión de las estampillas indica algún cambio en el pensamiento político o revela cierta afinidad entre modelos políticos. En la Regeneración, el presidente Núñez prefirió emitir la imagen de Bolívar (y la de él mismo) tal vez por sus políticas personalistas o por su común centralismo, y omitió la imagen de Santander por la mencionada oposición entre los próceres o por la identificación -con razón o sin ella- de los Radicales con aquél. Además, y como muestra de las diferencias ideológicas expresadas por medio de las estampillas-documento, se sabe que los liberales Radicales no emitieron en su gobierno sino estampillas impersonales alusivas al escudo nacional y no hubo en ellas ningún personaje notable contemporáneo o pretérito. Bushnell argumenta que la influencia de la conmemoración y celebración del centenario en 1910 expresó una especie de reconciliación póstuma de los próceres, pues Santander aparece ahora en las estampillas junto con Bolívar y Nariño, representando “los prohombres que levantaron los cimientos de la nación”.

El último núcleo temático para reseñar o destacar es el que intenta diluir las repercusiones perdurables de la Guerra Civil Española en el ámbito

colombiano. Para empezar, Bushnell afirma que antes, durante y después de la guerra la opinión colombina estuvo dividida, pero en el momento en que estalló, el Congreso colombiano adoptó por unanimidad resoluciones de solidaridad con el gobierno republicano, en razón de que los liberales eran afines a la causa republicana española. Sin embargo, el partido conservador era más afín a la causa nacionalista española, por lo que había decretado la abstención electoral. A esto se suma que el partido liberal ha vuelto al gobierno después de una larga hegemonía conservadora.

Ahora bien, lo importante para resaltar aquí es que se pueden establecer similitudes entre las corrientes políticas españolas y las colombianas. De hecho, en aquel momento los mismos actores políticos colombianos se comparaban entre sí con miedo y, a veces, con orgullo con los movimientos españoles. Tal como ocurrió con el gobierno del presidente Alfonso López Pumarejo (1934-1938) que con la “Revolución en Marcha” llegó a aceptar el apoyo del pequeño Partido Comunista colombiano (y su apoyo oficial a la sindicalización de los trabajadores) antes que una coalición con las facciones conservadoras; estas últimas, como réplica, compararon el proyecto lopista “...con los males perpetrados por la alianza de republicanos moderados e izquierdistas que conformaban el Frente Popular en España” (p. 149). Con esta retórica los conservadores crearon un ambiente de tensión entre el mismo

Partido Liberal, pues aunque apoyaba diplomática y retóricamente a los republicanos españoles, se quejaba también de los excesos de violencia a los que podían llegar, atribuyéndolos a su alianza con las izquierdas radicales. Así pues, había unos liberales anti-lopistas y abiertamente pro-capitalistas, como también una facción liberal centrista que desconfiaba de los marxistas pero que no retiraba al menos su apoyo formal a López, como fue el caso de Eduardo Santos, presidente entre 1938 y 1942.

Los conservadores se subdividían en derecha y “extrema derecha”; la primera fue característica de Laureano Gómez, de quien por su apoyo explícito a Franco en la parte final de la guerra se ha dicho, y se dijo en aquel momento, que repudiaba las formas democráticas y la existencia de la república, lo cual era inapropiado, según Bushnell, pues antes de la guerra la derecha conservadora representada por Laureano Gómez había apoyado a la derecha parlamentaria española y al hablar mal de los republicanos o de su régimen no rechazaban la república en sí misma. Ya con el advenimiento de la guerra, Gómez apoya expresamente a los nacionalistas como también lo hace la Iglesia católica colombiana, por su común opinión de que la Guerra Civil Española era un caso extremo o una “...cruzada para desterrar del cuerpo político las corrupciones marxistas y para reivindicar los valores católicos tradicionales” (p. 156). Gómez y la Iglesia católica pensaban que Franco al

menos había salvado a España de la anarquía y el ateísmo. En tanto que los de la “extrema derecha” conservadora estaban “...dispuestos a desechar “el método democrático republicano” por considerarlo irremediablemente decadente y corrompido y se sentían atraídos por las alternativas autoritarias y corporativistas fascistas o protofacistas” (p. 152).

Estos son a grandes rasgos los matices políticos que Bushnell señala para decirnos que el impacto perdurable de la contienda española fue la creación de un ambiente de desconfianza hacia la izquierda colombiana, y no la favoreció este conflicto, pues hizo patentes las tendencias a la división que estaban latentes en el sistema político del país. Este fenómeno conllevó al difícil periodo de la historia colombiana conocido como la época de La Violencia, según Bushnell: “Resulta, por lo demás tentador pensar en La Violencia como un equivalente colombiano de la guerra civil española” (p. 194). Aunque la resolución colombiana a este conflicto fue menos traumática (Frente Nacional). Bushnell afirma que paralelo a España el ambiente de la post-violencia “...produjo un alto grado de inmovilismo y de apatía política” (p. 195), además de no resultar benévolos para la izquierda.

Finalmente, se puede concluir que a pesar de que el libro no tiene una linealidad expresa en el examen de los temas debido a su carácter de compilación (de siete ensayos realizados en diversos momentos de la vida académica del autor), esto no impide que los ensayos ofrezcan una coherencia al lector, ya que se logra captar en el texto completo cierta estructura temática general, no sólo cronológica sino también lógica. Esto último se debe al esfuerzo mismo del autor, quien por ampliar sus análisis logra captar de modo orgánico los umbrales lógicos de las transiciones históricas de la política colombiana en su devenir temporal. Todo ello hace lícito este ejercicio de relacionar entre sí, en forma de núcleos tematizados, las variadas consecuencias historiográficas originadas de las explicaciones históricas del autor en su relación con las fuentes, y así poder juzgar el valor de tales argumentos como un serio aporte analítico al conjunto histórico-político colombiano.

Santiago Pérez Zapata

Estudiante de octavo semestre de la carrera de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.